CAPITALISMO Y DEMOCRACIA: EL ESLABÓN PERDIDO*

Francis Fukuyama

Fukuyama sostiene en este ensayo que no existe necesariamente una relación causal e indefectible entre desarrollo y democracia, pese a la correlación positiva observada entre ambas variables. Ejemplo de ello, se señala, es el alto grado de desarrollo que presentan países bajo regímenes autoritarios —como la URSS en las primeras fases de su proceso de industrialización, la España de Franco o ciertas naciones del sudeste asiático—. Por encima de las explicaciones economicistas, afirma Fukuyama, al parecer hay elementos de otra índole, como el "anhelo de reconocimiento", que explican en mejor

---

FRANCIS FUKUYAMA. Asesor de la Corporación RAND, en Washington D. C. Anteriormente fue profesor en el Center for Science and International Affairs, de la Universidad de Harvard y director suplente de planificación política en el Departamento de Estado de los Estados Unidos. Su ensayo "The end of history?", ha sido traducido a varios idiomas y publicado en castellano en *Estudios Públicos*, 37 (verano 1990). Revista *Estudios Públicos* publicó, asimismo, en su número 52, una versión editada de la exposición de Francis Fukuyama en el Centro de Estudios Públicos, el 13 de noviembre de 1992, en torno a su reciente libro, *El fin de la historia y el último hombre* (Editorial Planeta, 1992).

* Exposición del autor en el simposio organizado el 3 de abril de 1992 en Washington D.C. por la revista *Journal of Democracy*, con motivo de cumplirse 50 años de la primera aparición (en 1942) del libro de Joseph Schumpeter, *Capitalism, Socialism and Democracy*. Los ensayos que presentaron Francisco C. Weffort y Arturo Fontaine Talavera en el mismo simposio se incluyen también en la presente edición.

El texto original en inglés fue publicado por el *Journal of Democracy* (edición especial, julio 1992) e incluido posteriormente en el libro editado por Larry Diamond y Marc F. Plattner, *Capitalism, Socialism and Democracy Revisited* (Baltimore y Londres: The Johns Hopkins University Press, 1993). Esta traducción al castellano fue realizada por el Centro de Estudios Públicos con la debida autorización del *Journal of Democracy*.

Estudios Públicos, 54 (otoño 1994).

forma las tendencias democratizadoras que sobrevienen tras el crecimiento económico. En este sentido, señala el autor, el rumbo que adopten próximamente los acontecimientos políticos en la región asiática permitirá comprobar la validez del eslabón sugerido entre democracia y desarrollo económico.

En la segunda mitad de este siglo hemos asistido a una inversión notable de los vaticinios que hiciera Joseph Schumpeter en su obra *Capitalism, Socialism and Democracy*. El capitalismo no ha conducido inevitablemente al socialismo, como había previsto Schumpeter, sino que este último ha cedido paso inexorablemente al capitalismo. Entretanto, el capitalismo y la democracia —que él consideraba decididamente reñidos entre sí— han encontrado la manera de coexistir y, por cierto, de reforzarse mutuamente. Las razones de esta reversión capital de las expectativas de Schumpeter estriban en dos procesos evolutivos: por una parte, en la naturaleza cambiante del proceso de industrialización impulsado por el desarrollo científico contemporáneo; por la otra, en el progresivo consenso en torno a la legitimidad de la democracia liberal en el ámbito autónomo de la política.

No obstante el escaso prestigio de que goza hoy el socialismo, es evidente que, visto retrospectivamente, constituyó una alternativa económica perfectamente viable al capitalismo en las fases tempranas del proceso de industrialización. El PGB de la Unión Soviética creció desde una tasa de 4,4 a 6,6 por ciento anual entre 1928 y 1955 —una cifra extraordinaria, considerando los estragos y la destrucción ocasionados primero por la colectivización forzada de Stalin, y luego por la segunda guerra mundial—, y al doble del ritmo de Estados Unidos en las dos décadas que van de 1955 a 1975.[1] Quizás estas cifras deban revisarse cuando se consideren los costos ocultos de la industrialización al estilo soviético, como el daño infligido al medio ambiente y sus efectos intangibles pero muy dañinos para la ética laboral. Aún así, es cierto que la URSS consiguió transformarse en un gigante industrial en menos de una generación, sin hacer mayores concesiones a las libertades, ya sea políticas o económicas. En determinado momento, incluso, pareció que esta modalidad de industrialización, dirigida por el Estado y desde arriba, era la *única* forma de generar resultados tan rápidos, aunque la experiencia ulterior de buena parte del Asia oriental sugiere una opción algo más benévola y mesurada, basada en el mercado. Pero no cabe

[1] Estas cifras han sido extraídas de Ed Hewett, *Reforming the Soviet Economy: Equality versus Efficiency* (Washington, D.C.: Brookings Institution, 1988), p. 38.

desconocer el logro soviético o descartarlo como vía para alcanzar cierto estado de modernización industrial.

Es claro, además, que muchos de los efectos sociales de esa fase temprana de industralización fueron similares bajo el socialismo y el capitalismo. Esto es, en todos los casos, el campesinado fue arrastrado o impulsado a abandonar el sector rural para mudarse a grandes conglomerados urbano-industriales; los grupos sociales y las formas de autoridad tradicionales fueron sustituidos por otros más “modernos”, racionales y de carácter burocrático, y el nivel educativo general, tanto de las masas como de las elites dirigentes, aumentó sustancialmente.[2] En cierto sentido, en consecuencia, el desarrollo socialista creó la base social para el eventual colapso del totalitarismo comunista, al generar una clase social urbana mejor educada y de carácter relativamente cosmopolita, la misma que engendró a Gorbachov y a quienes lo apoyaron a fines de los ochenta.

Pero, aunque el socialismo fue capaz de producir un nivel de industrialización equivalente al denominado “cinturón de óxido” del mediooeste americano —el del acero, la industria química, los tractores y otros bienes similares—, fracasó como sistema económico por su incapacidad de alcanzar niveles subsiguientes de modernización industrial. Al predecir que el socialismo habría en última instancia de sustituir al capitalismo, Schumpeter no previó la irrupción de lo que ha sido alternativamente designado como “la sociedad posindustrial”, la “época de la información”, la “era tecnotrónica”, y otros. La vida económica de la segunda mitad del siglo veinte resultó ser cada vez más compleja e intensiva en información, orientada a los servicios más que a la producción de manufacturas, sujeta a índices vertiginosos de innovación tecnológica para mantener los logros y el crecimiento en la productividad. En estas circunstancias, la planificación y la toma de decisiones económicas centralizadas se hicieron cada vez más ineficientes. Puesto que Schumpeter escribió *Capitalism, Socialism and Democracy* habiendo transcurrido menos de una década desde que el mundo cayera en esa hondonada enorme que fue la Gran Depresión, esto es, en el punto de transición entre la antigua y la nueva era económica, su error resulta comprensible, pero no por ello deja de ser un error.

Es evidente que el autor subestimó la vitalidad y habilidad del capitalismo para adaptarse a las nuevas circunstancias. Basándose en su desempeño histórico, Schumpeter predijo que el mundo capitalista crecería a un 2 por ciento en el período 1928-1978, pero el desempeño real de los

[2] Para un análisis más exhaustivo del proceso de modernización al estilo soviético y sus consecuencias políticas, véase Moshe Lewin, *The Gorbachev Phenomenon: A Historical Interpretation* (Berkeley: University of California Press, 1987).

países de la OCDE en ese período fue equivalente al doble de esa tasa, y en ciertos países como Japón y Taiwan se consiguieron niveles de crecimiento del PGB de un 10 por ciento o más durante largos períodos. Adicionalmente, muchas de las consecuencias negativas del desarrollo capitalista no llegaron a materializarse o bien fueron bastante menos decisivas de lo que él había previsto.

Por ejemplo, gran parte de la crítica que Schumpeter le hizo al capitalismo estaba fundada en su creencia de que la naturaleza oligopólica de la competencia iría en aumento. Dicho supuesto se basaba a su vez en la idea de que la tecnología exige que el tamaño óptimo las empresas sea cada vez mayor.[3] En la práctica, sin embargo, la tecnología no siempre ha favorecido la existencia de grandes empresas; en muchas industrias, desde las de computadores al comercio minorista, ha habido obvias "ineconomías" de escala que han favorecido a las firmas más pequeñas, nuevos accesos al mercado y niveles crecientes de competencia. Tampoco se ha observado una "rutinización" de la función empresarial, como temía Schumpeter (p. 132), puesto que el desarrollo tecnológico abrió grandes y nuevas oportunidades para quienes estuviesen dispuestos a asumir riesgos. Finalmente, y quizás lo más importante, el capitalismo no cavaría su propia fosa por la vía de generar una clase intelectual indefectiblemente contraria a su existencia. Según decía Schumpeter:

> [E]l proceso capitalista creó [una] atmósfera de hostilidad cuasi universal hacia el orden social que propiciaba [...]. Con el tiempo, el proceso capitalista [...] hace que disminuya la importancia de la función que permite la existencia de una clase capitalista [...]. [E]l capitalismo genera una mentalidad crítica que, habiendo arrasado la autoridad moral de tantas otras instituciones, se vuelve al final en contra suya; y la burguesía comprueba estupefacta que la actitud racionalista no se limita a cuestionar los méritos de los monarcas y los papas sino que va más allá, arremetiendo luego contra la propiedad privada y el esquema global de los valores burgueses (p. 143).

Aun cuando los prejuicios anticapitalistas de los intelectuales subsisten hasta hoy con inusitada fuerza y persistencia, la extrema productividad de las economías capitalistas lograría con el tiempo cooptar a un significativo número de ellos, al punto que, a mediados de los ochenta, muchos de los críticos más incisivos en Europa y los Estados Unidos se

---

[3] Joseph A. Schumpeter, *Capitalism, Socialism and Democracy*, 3ª ed. (Nueva York: Harper and Row, 1950), p. 189. Todas las referencias de página corresponden al texto precedente.

hallaban abocados a diseccionar los yerros del socialismo en lugar de los del capitalismo.

Algunas de las predicciones que Schumpeter hizo respecto del capitalismo demostraron ser ciertas. El divorcio entre la gestión y la propiedad, por ejemplo, es una cuestión aún vigente en el debate norteamericano en torno a la competitividad, y todos han tenido que sobrellevar las consecuencias del quiebre experimentado por la familia burguesa (p. 157). Pero, en general, tales "contradicciones" indirectamente engendradas por el capitalismo no consiguieron minar, en los cincuenta años posteriores a la fecha en que Schumpeter escribió su obra, la legitimidad del capitalismo como sistema económico.

Una lectura equívoca del socialismo

Al mismo tiempo, Schumpeter fue incapaz de prever ciertas debilidades claves del socialismo en el nuevo ambiente creado por la sociedad posindustrial. En primer lugar, Schumpeter afirmaba que los ministerios de planificación centralizada del futuro se limitarían a dirigir las empresas para "producir en la forma más económica posible", un objetivo que, en una era de cambios tecnológicos acelerados como la nuestra, resulta crucial (p. 175). Pero no especificó cuáles serían los incentivos para que los directores de esas empresas economizaran recursos o incorporaran nueva tecnología. La experiencia de la Unión Soviética indica que la aplicación de nueva tecnología es tan dependiente de los incentivos monetarios personales como lo es el factor trabajo de la industria en que opera.

En segundo lugar, Schumpeter desecha el argumento —que sostenían con particular vehemencia los economistas de la Escuela Austríaca como Friedrich Hayek y Ludwig von Mises— de que los equipos de planificación afrontan tareas de una "complejidad inmanejable". En rigor, los "austríacos" estaban en lo cierto: la extrema complejidad de las economías modernas requería de alguna modalidad descentralizada en la toma de decisiones económicas, que ninguna cuota de programación lineal o de grandes computadores conseguiría duplicar. Para citar tan sólo un ejemplo, Goskomtsen, el órgano encargado de establecer los precios en la antigua Unión Soviética, fijaba unos 200.000 cada año o un 42 por ciento de todos los precios bajo control en la ex URSS.[4] Esta cifra podía bastar para la cantidad de bienes producidos por un país europeo en los años veinte; hoy,

[4] Hewet, *op. cit.*, p. 192.

sin embargo, un solo avión de pasajeros puede contener más de un millón de piezas diversas.[5]

En tercer lugar, Schumpeter se equivocó al afirmar que la industria socialista podría ser más eficiente que su contrapartida capitalista debido a que el socialismo reducía la incertidumbre en la decisiones económicas. Lejos de constituir una fuente de ineficiencia, la incertidumbre demostró ser, antes bien, el resultado necesario del proceso de evaluación de las opciones productivas y de las oportunidades del mercado en un medio económico de gran dinamismo e impulsado por la tecnología. Las certezas de los administradores de empresas en las sociedades socialistas reales concluyeron siendo los síntomas de su incapacidad para innovar o descubrir nuevos mercados.

Vista en forma retrospectiva, la imagen que tenía Schumpeter de la futura economía socialista resulta hoy, en muchos sentidos, irrisoria. Dejando al margen las cuestiones puramente económicas, Schumpeter fue incapaz de prever cuán ilegítimo habría de volverse el propio socialismo a los ojos de la clase trabajadora, de la que se decía era su directa beneficiaria. En algún momento, al analizar la forma de preservar la disciplina laboral en una economía socialista, señala:

> Con la racionalización de la política económica, algunas de las peores fuentes de desperdicio desaparecerán sencillamente porque la significación económica de los índices y procesos en juego resultará evidente para cualquier camarada. Entre otras cosas, cada uno de ellos llegará a percibir el significado real de la agitación laboral y en especial de las huelgas. Poco habrá de importar, desde esta perspectiva, que condene o no, *ex post facto*, las huelgas de la fase capitalista, una vez haya arribado a la conclusión de que las huelgas no son "ahora" nada más que manifestaciones antisociales en contra del bienestar general de la nación. Y si de todas formas decidiese optar por la huelga, lo hará con mala conciencia y se topará con la desaprobación pública. (p. 212.)

A la luz de la experiencia del movimiento Solidaridad en Polonia, todo esto suena más bien extraño. No es sólo que el ideal socialista fue un sucedáneo insuficiente del afán de lucro, sino que el socialismo en sí se convirtió en un objeto ominoso a los ojos de una parte importante de la población que vivía sometida a él.

---

[5] Es más, sumada a la multiplicación de la cantidad de bienes y servicios, hay una enorme diferenciación en la calidad de los productos que genera una economía industrial moderna, respecto de lo cual las juntas directivas encargadas de la planificación centralizada se encontrarían intrínsecamente limitadas para emitir un juicio.

Así, el capitalismo demostró ser bastante más flexible y adaptable que el socialismo para afrontar las nuevas condiciones económicas que suscitaría el cambio tecnológico en la segunda mitad del siglo veinte. Para expresarlo en términos algo más esquemáticos, en condiciones de progresiva maduración industrial, el capitalismo tendió a evolucionar a la fase del capitalismo avanzado, mientras que el socialismo tendió a ceder su lugar al capitalismo, en ambos casos por razones puramente económicas. Siempre vista de manera retrospectiva, la caracterización tan desagradable que hizo Walt Rostow del comunismo, como una "enfermedad de la transición (al desarrollo maduro)", parece ser bastante exacta; pese a lo monstruoso que pudiera resultar en muchos sentidos, el comunismo fue un sistema económico perfectamente adecuado para dar el salto desde una sociedad agraria a una sociedad urbano-industrial, pero demostró ser incapaz de responder a los requerimientos de la modernidad posindustrial y, por ende, hubo de ser superado o abolido.[6]

Desarrollo económico y democracia

Ahora bien, si es efectivo que el socialismo tiende a evolucionar en la dirección del capitalismo para satisfacer los requerimientos de la modernidad económica posindustrial, ¿existe acaso el correspondiente imperativo económico que haga inclinarse a las sociedades en vías de modernización hacia la democracia? En este caso, la respuesta es bastante más difusa. Es claro que hay una correlación empírica muy firme entre desarrollo y democracia. Seymour Martin Lipset señaló la existencia de esta correlación en 1959, lo que suscitó críticas fundadas en múltiples ámbitos.[7] Se adujo, por ejemplo, que en tanto los Estados relativamente más desarrollados dentro de una región eran con frecuencia más democráticos, muchas de las democracias de América Latina mencionadas por Lipset eran menos desarrolladas que varios regímenes autoritarios de Europa, de inspiración derechista e izquierdista. Pero en los treinta años transcurridos desde que Lipset escribió su ensayo, varias de estas anomalías han sido corregidas. Los países de la Europa meridional se han democratizado y al mismo tiempo

[6] Walt Rostow, *The Stages of Economic Growth: A Non Communist Manifesto* (Cambridge: Cambridge University Press, 1965), pp. 162-164.

[7] Seymour Martin Lipset, "Some Social Requisites of Democracy: Economic Development and Political Legitimacy", *American Political Science Review,* 53 (1959), pp. 69-105. Véase también Cutright Phillips, "National Political Development: Its Measurements and Social Correlates", *American Sociology Review*, 28 (1963), pp. 253-264; y Deane E. Neubauer, "Some Conditions of Democracy", *American Political Science Review*, 61 (1967), pp. 1002-1009.

han crecido en el plano económico, y con la caída del muro de Berlín en 1989 el bloque de las dictaduras comunistas desarrolladas de la Europa del Este ha sufrido a la vez un proceso de progresiva democratización. La correlación se vio algo debilitada por la democratización, en este mismo período, de cierto número de países tercermundistas muy pobres, como Perú y Filipinas, y por el acelerado crecimiento económico de varios países autoritarios como Singapur y Tailandia. Además, en el Oriente Medio hay países—Kuwait, Arabia Saudita y los Emiratos Arabes Unidos— que exhiben un ingreso per cápita igual al de Europa o Norteamérica, pero que no son democráticos, anomalía fácilmente explicable, sin embargo, por su localización accidental en la región donde se hallan las mayores reservas de crudo del mundo.

Así y todo, prácticamente no existen, en 1992, ejemplos de países altamente desarrollados que no sean a la vez democracias estables, y hay muy pocas naciones extremadamente pobres que sí lo sean. Más aún, muchos países que han sufrido revoluciones democratizadoras en la última generación, incluidos España, Portugal, Grecia, Brasil, Corea del Sur, Taiwan, la comunidad *afrikaner* de Sudáfrica y la Unión Soviética, pasaron de la condición de países predominantemente agrícolas a mediados del siglo a la situación de países industrializados y urbanizados al momento de la democratización.[8]

Más interesante que la mera existencia de esta correlación es la razón de ella. En particular, cabe preguntarse si existe alguna razón *económicamente* necesaria por la que la industrialización avanzada deba conducir a la democracia en la misma medida que ella conduce al capitalismo. Algunos sostienen que la democracia es más funcional para la conciliación de los diversos intereses que están en juego en una economía moderna y compleja.[9] Muchos analistas enfatizan, por otro lado, el importante papel que juega la educación en la promoción de la democracia. Con todo, pese al apoyo inequívoco que la educación representa para la democracia, no está en absoluto claro que la educación en sí impulse a la gente a preferir la democracia por sobre otras formas posibles de gobierno. Un estudiante de ingeniería originario de Corea del Sur que estudie en una universidad estadounidense puede escoger los ideales democráticos mientras permanezca en los Estados Unidos, pero ello habrá de resultar accesorio en el

---

[8] Para una revisión de la literatura que confirma en gran medida este punto en particular, véase Larry Diamond, "Economic Development and Democracy Reconsidered", *American Behavioral Scientitst,* Vol.15, Nº 4-5 (marzo-junio 1992), pp. 450-499. [Versión en castellano en *Estudios Públicos*, 49 (verano 1993).]

[9] Talcott Parsons, "Evolutionary Universals in Society", *American Sociological Review,* 29 (junio 1964), pp. 339-357.

contexto de los objetivos educacionales determinados por las necesidades económicas de Corea del Sur. Si ese mismo estudiante hubiera hecho su carrera en Berlín en 1935, bien pudiera ser que hubiese vuelto a casa con ideas fascistas. Durante muchos años, algunos de los sectores mejor educados y más cultivados de Europa y los Estados Unidos eran ardientes partidarios del estalinismo, o en algún grado de cierta forma de socialismo no democrático; y fueron sus pares menos educados los que proveyeron las bases de apoyo a la democracia liberal.

Un dato que puede contribuir en buena medida a descalabrar este debate sobre la necesidad económica de la democratización es el hecho puro y simple de que muchos de los índices de crecimiento económico más impresionantes de los últimos ciento cincuenta años se han registrado no en las democracias, sino en estados autoritarios con sistemas económicos más o menos capitalistas. Así ocurrió en el Japón de los Meiji y en el segundo Reich alemán de la segunda mitad del siglo diecinueve, y en el caso de otros regímenes modernizadores más recientes como la España de Franco, Corea del Sur después de 1953, Taiwan, Brasil, Singapur o Tailandia.[10]

Aparte de la evidencia empírica disponible en este punto, hay buenas razones para suponer que las democracias como un todo no tendrían por qué ser particularmente eficientes en términos económicos, o cuando menos no tan eficientes como los regímenes autoritarios competentes que hacen del crecimiento económico su prioridad fundamental. Las democracias tienden a transferir riqueza desde las capas adineradas a las más pobres en beneficio de la igualdad social, para proteger o subvencionar a las industrias desfallecientes, para invertir más recursos en el gasto social y por razones análogas. El régimen militar de Corea del Sur aceleró el crecimiento económico del país suprimiendo las huelgas y comprimiendo los salarios y el consumo; la transición a la democracia provocó en 1987 una oleada de agitación laboral y un alza acelerada de los salarios que redujeron, en última instancia, la competitividad del país en el ámbito internacional. Para citar un ejemplo más cercano, Estados Unidos ha acumulado un déficit presupuestario de grandes proporciones durante la última década, de cuyos efectos nocivos está todo el mundo consciente, pero la democracia estado-

[10] Entre 1961 y 1968, por ejemplo, el promedio de crecimiento anual de las democracias en vías de desarrollo, incluidos India, Ceilán, Filipinas, Chile y Costa Rica, fue sólo de un 2,1 por ciento, mientras que los regímenes autoritarios conservadores (España, Portugal, Irán, Taiwan, Corea del Sur, Tailandia y Paquistán) tuvieron un crecimiento promedio de 5,2 por ciento. Véase Samuel P. Huntington y Jorge I. Domínguez, "Political Development", en Fred Greenstein y Nelson Polsby, comp., *Handbook of Political Science*, tomo 3 (Reading, Mass.: Addison-Wesley, 1975), p. 61.

unidense ha sido incapaz de reducirlo al no haber acuerdo en torno a la forma de prorratear el costo que significa ya sea disminuir los gastos o aumentar los impuestos.

Por cierto, no hay garantía alguna de que los Estados autoritarios tomen decisiones económicas racionales. Fue un gobierno militar el que rigió en Brasil en el período de acelerado crecimiento económico que va de 1964 a 1972, pero fue otro gobierno militar el que provocó la crisis de endeudamiento que afectó al país a fines de los setenta. Así y todo, en teoría al menos, un gobierno autoritario competente, que hace del crecimiento económico su primera prioridad, debiera ser capaz de alcanzar esta meta más fácilmente que una democracia liberal, como lo han demostrado muchos países de Asia.

El comunismo —podría argumentarse— fue desechado como sistema en la Europa del Este y la ex Unión Soviética porque la gente anhelaba la abundancia del capitalismo. En países como España y Corea del Sur, sin embargo, existía la opción de la prosperidad sin libertad, a pesar de lo cual las revoluciones democráticas ocurrieron de todas formas. Las razones por las que el desarrollo económico favorece a la democracia han de encontrarse, por tanto, fuera del ámbito económico. La opción por la democracia debe surgir del dominio de la política y las ideologías: esto es, del intento consciente que hace el hombre de reflexionar sobre su situación en la sociedad y de crear normas e instituciones que estén en algún sentido de acuerdo con su naturaleza implícita. El ámbito de lo político tiene sus propios fines autónomos, y no puede, por tanto, explicárselo cabalmente en función de las categorías subpolíticas de la economía o la sociología. Aunque ciertas ideologías florecen mejor bajo determinadas y específicas circunstancias sociales y económicas, es preciso analizarlas primero en sus propios términos.

El deseo de reconocimiento

En otro lugar he sostenido que el imperativo psicológico que subyace a la democracia es el deseo de ser universalmente reconocido como igual (*the desire for universal and equal recognition*).[11] Esto es, todos los regímenes autoritarios, incluidas la dictaduras de izquierda inspiradas en el principio de igualdad, son variantes de la relación amo-esclavo en que se "reconoce" la dignidad de ciertos "amos" (la "elite gobernante", la "raza

[11] Véase Francis Fukuyama, *The End of History and the Last Man* (Nueva York: Free Press, 1992), especialmente, pp. 143-208.

superior", la "vanguardia del partido" o lo que sea), al tiempo que se desconoce la de la gran masa ciudadana. El deseo de reconocimiento es una fuente motivacional estrictamente ajena a lo económico que puede adoptar gran variedad de formas, y es también, en cierto sentido, el fundamento de ciertas alternativas no democráticas como la teocracia o el nacionalismo de rasgos agresivos. Pero tan sólo la democracia liberal puede satisfacer *racionalmente* el anhelo humano de reconocimiento, por la vía de garantizar los derechos elementales de la ciudadanía en términos universales y en un plano de igualdad.

El origen histórico del reconocimiento universal se encuentra en la doctrina cristiana de la igualdad universal del hombre ante Dios, lo que explica la elevada correlación entre la democracia estable y la cultura cristiana en el mundo de hoy.[12] Pero si la democracia representa de alguna manera la secularización de ciertos motivos o doctrinas cristianas, en virtud de ello establece las bases para su potencial universalización, del mismo modo que el método científico —en términos históricos, una invención europea— es hoy universalmente accesible. Con las revoluciones francesa y norteamericana, el principio del reconocimiento universal fue implementado en los países más avanzados del mundo, y es dicho principio el que sigue constituyendo, doscientos años después, la opción más racional.

El triunfo del principio de reconocimiento universal no está, en modo alguno, asegurado tan sólo por su racionalidad superior y, cuando menos en este siglo, dicho principio se ha visto enfrascado en mortal combate con las alternativas representadas por el fascismo y el comunismo. Pero, al fin de cuentas, el masivo rechazo al comunismo por los pueblos de la Europa del Este y de la ex Unión Soviética ha significado, en efecto, el surgimiento de una mayor racionalidad en lo político. Pues, aunque esas revoluciones anticomunistas estuvieron motivadas hasta cierto punto por la crisis económica del socialismo, no es posible explicar la totalidad del fenómeno revolucionario sin considerar el anhelo manifiesto de muchos "demócratas" de vivir en una sociedad donde prevalezca el reconocimiento racional: una sociedad donde sus derechos elementales fueran reconocidos bajo el imperio de la ley.

El deseo de reconocimiento puede así proveernos del eslabón perdido entre el desarrollo económico y la democracia, el mismo que las explicaciones económicas o funcionalistas por sí solas no ofrecen. En las socie-

[12] Esta correlación se indica en Samuel P. Huntington, *The Third Wave: Democratization in the Late Twentieth Century* (Norman, Okla.: University of Oklahoma Press, 1991), pp. 75-85.

dades preindustriales, la mayoría de la gente se consume en el intento por obtener su parte de una cuota virtualmente fija de riqueza, e incluso por subsistir únicamente; a medida que la sociedad se hace cada vez más próspera y segura, la gente queda en libertad para perseguir objetivos no materiales como el reconocimiento de su status y la participación política.

Esto equivale a decir que se requiere de un proceso educativo gradual y penoso para que el esclavo entienda que él es un ser humano dotado de una dignidad única que ciertas instituciones sociales y políticas pueden reconocer en mejor forma que otras. Las ideologías como el cristianismo, la democracia o el socialismo son todos recursos mediante los cuales los esclavos intentan adaptarse a su condición servil y buscan la forma de satisfacer su propio anhelo de reconocimiento. Aunque la educación no garantiza que la democracia liberal llegue a ser con el tiempo percibida como la mejor forma de asegurar dicho reconocimiento, al menos contribuye a esa finalidad, pues la única posibilidad de conseguir que los seres humanos aprecien la racionalidad inherente al reconocimiento universal es a través del proceso educativo.

Hay otras razones para suponer que la modernización económica sienta las bases de una democracia estable. El crecimiento económico y su dinamismo suelen promover una cierta igualdad, útil para la estabilidad de la democracia a largo plazo. Por cierto que el desarrollo —y en particular el desarrollo capitalista— genera muchas formas de desigualdad social, pero ellas corresponden a nuevas estratificaciones, relativamente fluidas, que atraviesan las viejas jerarquías de clase y status, eliminado en el proceso muchas fuentes de desigualdad tradicionales y más arraigadas. El resultado queda bien representado en la expresión "sociedad de clase media", la cual no implica la eliminación de todas las desigualdades sustanciales, sino que sugiere, más bien, que las más relevantes entre ellas habrán de fundarse no en la posición social heredada, sino en la educación, la ocupación y los logros individuales. Las sociedades de clase media caracterizadas por un alto grado de movilidad social son, evidentemente, un medio más propicio para la democracia liberal que las sociedades lastradas por barreras de clase largamente arraigadas. Estas últimas favorecen no sólo a las ideologías autoritarias que legitiman un *statu quo* no igualitario, sino también a las ideologías autoritarias de inspiración izquierdista, empeñadas en arrasar el orden existente a cualquier precio.

El desarrollo económico no es una condición necesaria ni tampoco suficiente de la democracia estable, pero es ciertamente muy funcional a ella. Hay numerosos ejemplos de países subdesarrollados o agrarios que han conseguido preservar una democracia operativa durante largos perío-

dos, como Costa Rica o la India, o incluso los Estados Unidos en sus primeros años como nación. Inversamente, hay también ejemplos de países altamente desarrollados que no fueron democracias, como la Alemania nazi o Japón antes de 1945. No hay leyes determinantes que permitan relacionar el desarrollo y la democracia; el desarrollo crea, sencillamente, ciertas condiciones conducentes a la aceptación de las normas y la ideología democráticas. La democratización es, sin embargo, un proceso político autónomo, dependiente de una serie de factores políticos, entre los cuales se incluyen el éxito aparente de la democracia en relación a sus competidores autoritarios en otros países; las vicisitudes de la guerra (y la paz) en el orden internacional; la habilidad y competencia de los líderes individuales que se proponen crear y consolidar sistemas democráticos, y otras cuestiones puramente accidentales. Hay, además, factores de orden cultural que ponen obstáculos para la estabilidad de la democracia, como la religión, los factores étnicos, la estructura social preexistente y otros similares, que son independientes del nivel de desarrollo económico e influyen en las posibilidades de la democracia. Como se verá más adelante, tales factores plantean ciertas dudas respecto de lo bien o mal que habrán de relacionarse a futuro en Asia el desarrollo y la democracia.

La relación entre capitalismo y democracia es indirecta. Vale decir, el capitalismo por sí solo no genera presiones directas en favor de la democracia, pues es perfectamente compatible con muchas formas de autoritarismo (aunque no con el totalitarismo comunista, ciertamente), y puede incluso florecer en mejor forma en las no democracias. Pero el capitalismo es una maquinaria del crecimiento económico más eficiente que el socialismo y, por ende, tiene más probabilidades de generar el cambio socioeconómico acelerado que favorece la emergencia de una democracia estable.

La alternativa asiática

La relación entre desarrollo económico y democracia que postula la teoría de la modernización se ha mantenido razonablemente bien en Asia.[13]

Los tres países económicamente más desarrollados de la región (dejando a un lado Australia y Nueva Zelandia) son Japón, Taiwan y Corea del Sur, y todos se han convertido en democracias (o, como en el caso de

[13] Al respecto, véase la conferencia de Lucian Pye ante la American Political Science Association, "Political Science and the Crisis of Authoritarianism", *Americal Political Science Review,* 84 (1990), pp. 3-17; y el capítulo introductorio a la obra del propio Pye, *Asian Power and Politics: The Cultural Dimensions of Authority* (Cambridge: Harvard University Press, 1985).

Taiwan, se han vuelto más democráticos a contar de 1945), a medida que el crecimiento económico ha transformado sus respectivas sociedades. En 1989, la República Popular China experimentó también una explosion democrática. La agitación provino del sector más moderno de la población local que se había beneficiado de las reformas económicas introducidas a principios de los ochenta. En Corea del Sur, a su vez, la irrupción de una vasta clase media, educada y cada vez más profesionalizada planteó a mediados de los ochenta ciertas exigencias en pro de un sistema político que, aparte de brindar crecimiento económico, reconociera los derechos y la capacidad de la ciudadanía para autogobernarse.

Por otro lado, hay buenas razones para suponer que el desarrollo político de Asia podría distanciarse finalmente de la democracia y adoptar su propio y único derrotero, a pesar del historial de crecimiento económico observado en la región. En Asia siempre se ha interpretado a la democracia liberal en forma algo diferente a como se hace en Norteamérica y Europa. Las jerarquías grupales tradicionales impregnan las estructuras sociales de todas las sociedades confucianas en lo cultural, desde Tailandia al Japón, pese al compromiso formal de este último país con la universalidad y la igualdad democráticas. Dichas jerarquías conforman la base de una modalidad explícita de autoritarismo paternalista en países como Singapur. A diferencia del fundamentalismo islámico o el comunismo, esta modalidad asiática de autoritarismo "benévolo" es evidentemente compatible con el capitalismo avanzado, y de ahí los altos niveles de modernización tecnológica de la región. Lee Kuan Yew, el antiguo primer ministro de Singapur, diría que ese sistema político se adecua mucho más a la culturas confucianas que el caótico individualismo de la democracia occidental. Es más, un número cada vez mayor de ciudadanos asiáticos diría que esta forma de autoritarismo es *superior* al individualismo de la democracia liberal occidental en lo que respecta a satisfacer las exigencias de una población altamente educada, motivada y disciplinada que plantea una sociedad avanzada, tecnológica y posindustrial.

Para el futuro ideológico de Asia es significativo que tales argumentos proliferen en Japón, país que constituye un modelo para la región. En el período inmediato de posguerra, la mayoría de los japoneses compartía muchas de las hipótesis de la teoría de la modernización, convencidos de que los elementos "tradicionales" de su propia sociedad y sistema político, como el énfasis en el consenso grupal y las relaciones verticales *sempai-kohai* (patrón-protegido), habrían de erosionar el proceso del desarrollo económico. Pero el éxito notable de este país, en comparación con las democracias occidentales bien consolidadas, ha llevado a reevaluar estos

elementos tradicionales de la cultura local y a considerar que, en lugar de constituir rémoras embarazosas del pasado premoderno, son más bien grandes motores y un elemento intrínseco del milagro económico japonés.

En consecuencia, Asia parece estar hoy en una encrucijada importante que permitirá comprobar la validez del eslabón sugerido aquí entre desarrollo y democracia. Por una parte, es posible imaginar que la región persistirá en la trayectoria modernizadora de los últimos cuarenta años, en la que la democracia ha constituido el derivado natural del desarrollo industrial. Así, el consenso grupal cedería gradualmente su lugar al individualismo, expresado en el poderío creciente de los consumidores, las mujeres y otros sectores no tradicionales. Por otro lado, la vida política podría sufrir un giro autónomo, en la medida en que la población asiática llegara a creer con mayor fuerza que la incesante modernización económica en el mundo "post-posindustrial" requiere de un nuevo énfasis en los valores asiáticos tradicionales, a expensas de las normas democráticas occidentales. Y es aquí, tal vez, donde se definirá la relación futura entre el capitalismo y la democracia. □